



DON FRANCISCO SOLANO ASTABURUAGA

POR

DOMINGO AMUNÁTEGUI SOLAR

La historia literaria de Chile comprende dos periodos perfectamente marcados: el de la Colonia, que se estiende desde mediados del siglo XVI hasta principios del XIX; i el de la República, que abarca cien años, mas o ménos.

Nuestra literatura colonial nos ofrece un cuadro del mayor interes, pues da a conocer no solo el grado a que llegó en aquella época la cultura de este pais sino tambien su historia civil i militar.

Algunas de las obras escritas entónces se hallan consagradas esclusivamente a los indijenas que habitaban nuestro suelo cuando fué conquistado por los españoles; i otras tienen por principal objeto la historia de las relijiones establecidas en Chile por los europeos.

Los libros de mayor importancia que se conservan de este periodo fueron concebidos i ejecutados por autores peninsulares.

En prueba de ello basta recordar *La Araucana* de don

Alonso de Ercilla i Zúñiga i la *Historia Jeneral del Reino de Chile* por el padre don Diego de Rosales.

Joyas son estas dos que brillan aisladas: la primera en el siglo XVI i la segunda en el siglo XVII.

Aunque nuestro país estaba mui léjos de merecer la calificación de la mas ignorante entre las colonias españolas, como tantas veces se ha asegurado, la verdad es que la instruccion se hallaba mui poco difundida, aun en las clases superiores de la sociedad.

Así se esplica que miéntras nos gobernaron los reyes de España no hubiera propiamente vida intelectual en ninguna de las poblaciones que reunian en torno de sus campanarios cierto número de familias distinguidas: ni en Santiago, ni en Concepcion, ni en la Serena.

No se conocieron en el período colonial las sociedades literarias, i las obras que, a costa de grandes esfuerzos i en el silencio de un gabinete, lograron ser terminadas, o bien han desaparecido, ya que no se sabe donde duermen, o bien solo han podido ser aprovechadas en nuestro dias.

Los autores de libros, criollos o europeos, se apresuraban de ordinario a mandar sus manuscritos a la corte, a fin de obtener licencia del rei para su impresion, i no comunicaban estas obras sino a contados individuos de su familia o de sus relaciones íntimas.

Raros fueron los trabajos de esta clase que alcanzaron la honra de ser publicados entónces en letras de molde, i mas raros todavía los que en hojas manuscritas pudieron ser leídos i aplaudidos, como *El Cautiverio Feliz*, por algunas docenas de personas intelijentes.

No existió, pues, en nuestra sociedad de los siglos XVI, XVII i XVIII esa influencia fecundante que en los países mas adelantados ejercen espíritus sobre espíritus, doctrinas sobre doctrinas e ideas sobre ideas, i que da orijen a la única comunión intelectual sólida i estable.

En este sentido puede afirmarse que durante la dominación española nuestro país tuvo escritores, pero de ningun modo una literatura nacional.

Los alegatos forenses eran de calidad inferior; i las obras teológicas, como tratados especiales, sermones, pláticas, catecismos, novenas, se hallaron muy lejos de alcanzar ese refinamiento artístico que distinguía a las producciones del mismo género en Francia i en España.

Si algunas veces, por lo demas, se oyeron en el púlpito oraciones notables, éstas no han llegado hasta nosotros.

La aseveracion de que en la capitania jeneral de Chile no existió una literatura propia, es susceptible, sin embargo, de dos restricciones que no carecen de importancia.

Una de ellas se refiere a las poesias populares; ya sean canciones, epigramas o narraciones en verso, las cuales nunca han faltado en Chile; i han ofrecido tema de inagotable entretenimiento en todos los tiempos i en todas las clases de la sociedad.

No podría negarse que esta rama de la literatura, aun poco estudiada entre nosotros, encarna tan bien la índole del jenio i costumbres nacionales que en manera alguna es digna de menosprecio, i, por el contrario, merece toda la atencion que algunos espíritus investigadores empiezan a dedicarle.

La otra limitacion no tiene la amplitud de ésta, aunque si mayor trascendencia, puesto que recuerda la continua labor de la Compañia de Jesus desde su establecimiento en Chile a fines del siglo XVI hasta la espulsion de la órden en el último tercio del XVIII.

Los padres jesuitas se manifestaron verdaderos maestros en el estudio de las lenguas indijenas del pais i en la narracion de su historia política i relijiosa.

La lista de los escritores chilenos educados en los claustros de la Compañia es bastante larga.

Entre los mas distinguidos debe citarse a Pedro de Oña, a don Francisco Nuñez de Pinéda i Bascuñan, a Pedro de Córdoba i Figueroa i a don Vicente Carvallo i Goyeneche, que no pertenecieron a la órden; i a los padres Alonso de Ovalle, Miguel de Olivares, Felipe Gomez de Vidaurre, Juan Ignacio Molina i Manuel Lacunza: todos nacidos en nuestro suelo.

Aunque esta literatura formada por la educacion aristo-

crática de los jesuitas podria calificarse como planta de cultivo artificial, se ha de reconocer que consta de una larga serie no interrumpida de obras escritas en el espacio de mas de dos siglos.

Todas estas obras, diversas a menudo por su forma i por su fondo, tienen, sin embargo, caracteres comunes i obedecen a una misma escuela.

En los otros institutos relijiosos del pais fueron mui poco numerosos los autores chilenos, i solo merecen recordarse los que siguen: entre los agustinos, frai Juan de Toro Mazote; de los franciscanos, frai Alonso Briceño; el mercedario frai Juan de Barrenechea; i el dominico frai Sebastian Diaz.

Por el contrario, la educacion dada en los convictorios de San Ignacio daria abundante materia a un libro voluminoso, i en una historia literaria de Chile la escuela de escritores formados en la Compañia seria digna de un capítulo completamente dedicado a ellos.

A pesar de las dos restricciones anteriores, puede insistirse con fundamento en que nuestro pais miéntras permaneció bajo el dominio de España no tuvo la gloria de producir una verdadera literatura nacional.

Ya se ha señalado una de las causas principales de semejante esterilidad: la falta de ilustracion.

Toca agregar ahora otra de las causas mas importantes de este fenómeno, cual fué, la esclavitud a que se hallaba sometido el pensamiento, bajo el doble yugo del despotismo político i del fanatismo relijioso.

Quien quiera estudiar a fondo este primer periodo de nuestra historia literaria puede hacerlo ahora con relativa facilidad. Una biblioteca especial ha sido consagrada a la publicacion de la mayor parte de las obras compuestas durante la colonia, i un distinguido escritor, don José Toribio Medina, ha dado a luz, hace mas de veinticinco años, una extensa memoria, en tres tomos, premiada por la Universidad, sobre esta época antigua de nuestra literatura.

La literatura propiamente chilena ha sido el fruto espontáneo i jenuino de la emancipacion política.

Desde los primeros movimientos que agitaron la opinion, en las clases altas del pais empezaron a producirse trabajos literarios de carácter revolucionario, que nacieron, nó de pensadores estraños a los sucesos del dia, sino de individuos, destinados a ejercer considerable influencia en los trastornos públicos.

La literatura adquirió entónces todas las cualidades de un organismo lleno de vida, i alcanzó pronto una existencia independiente, sobre todo desde la publicacion de la *Aurora* de Camilo Henriquez.

El *Catecismo Político-Cristiano*, firmado por el seudónimo José Amor de Patria, primera obra de aliento de este periodo, fué compuesto hace ya cerca de cien años.

Desde la fecha gloriosa en que apareció este escrito venerable las prensas chilenas han dado vida a algunos centenares de libros que no pereceran, a numerosos diarios i revistas que siempre seran leidos con interes, a inspirados versos de armónico ritmo i a piezas dramáticas de arte i de verdad.

Parece, pues, haber llegado el momento de que se piense en escribir la historia literaria de esta segunda época.

Copiosos materiales han sido ya reunidos i solo falta la pluma encargada de dar forma a la obra.

El presente trabajo tiene por objeto narrar la vida i enumerar las producciones literarias de un escritor cuyo nombre necesariamente ha de figurar en aquella historia.

Don Francisco Solano Astaburuaga ha ganado en buena lid su derecho a una honrosa página de la literatura chilena por su *Diccionario Jeográfico*, uno de los libros de mayor importancia compuestos en nuestro pais.

Las biografias constituyen la base de la historia, así como las descripciones de las plantas i animales son elementos necesarios para formar el cuadro de la fauna i flora de una comarca.

I

Hasta hace poco tiempo la primera página de toda biografía solo se encontraba en las parroquias.

Léase a continuacion cuándo empezó su vida el personaje a que está consagrado este ensayo.

“En esta iglesia parroquial de la ciudad de San Agustín de Talca, en veinte i dos dias del mes de julio del año de mil ochocientos diez i siete, bauticé, puse oleo i crisma a Francisco Solano Astaburuaga, de edad de un dia, hijo lejítimo de don Cayetano Astaburuaga i de doña Peta Cienfuegos; i fueron padrinos don Diego Cruz i doña Antonia Pereira, de que doi fe.—*Eusebio José Noya*”.

Don Francisco Solano Astaburuaga nació, pues, en el mismo año en que la espada de O'Higgins cortó para siempre los lazos que nos ataban a España, en ese glorioso 1817 durante el cual vieron tambien por primera vez la luz don Antonio Varas, en Cauquenes, i don Manuel Antonio Tocornal, don Antonio García Reyes i don Salvador Sanfuentes, en Santiago.

Los ilustres chilenos que llevaron los cinco nombres que acaban de leerse cooperaron eficazmente, cada uno en su esfera, al progreso intelectual i político de Chile.

Varas, Tocornal, García Reyes i Sanfuentes ya han recibido de sus compatriotas la consagracion pública de sus méritos i servicios.

Astaburuaga, el último en desaparecer, se presenta hoi al tribunal de la opinion para que esta pronuncie sentencia definitiva.

El fundador de la familia a que pertenecia fué don José Manuel Astaburuaga i Pizarro, natural de Bilbao, quien llegó a nuestras playas en 1780, i contrajo matrimonio algunos años mas tarde en Santiago con doña Rosalia Valdovinos i Toro Mazote.

Esta señora, cuyos apellidos nos recuerdan dos de las principales familias de nuestra sociedad en el siglo XVIII, la del correjidor de Santiago don Rodrigo Antonio Matias de Valdovinos i la del mayorazgo don Andres de Toro Hidalgo, unia a su belleza e intelijencia una buena dote.

Consta en documentos fidedignos que ella llevó a su marido

dos haciendas, las de Guenon i Quivolgo, situadas en el actual departamento de Curepto.

De este matrimonio nacieron cuatro hijos:

- 1). Don José Antonio, padre de numerosa descendencia.
- 2). Don Cayetano, de quien se habla a continuacion.
- 3). Doña Luz.
- 4). Doña Tadea, mujer de don Manuel Dionisio Lizardi.

El segundo de los hijos nombrados, o sea, don Cayetano, casó cuando aun no cumplia veinte años con doña Petronila Cienfuegos i Silva, hija de don Francisco Cienfuegos i de doña Catalina Silva i Arteaga.

La novia era sobrina carnal del ilustre patriota i canónigo de la Catedral de Santiago don José Ignacio Cienfuegos, mas tarde obispo de Concepcion.

Varios hijos nacieron de este enlace; pero solo llegaron a la mayor edad dos, don Felipe i don Francisco Solano.

Don Cayetano Astaburuaga debia contraer algunos años despues segundas nupcias con una hermana de su primera mujer.

Aunque vivia dedicado a las labores agricolas en su hacienda de la Providencia, a orillas del Lircai, el padre de don Francisco Solano fué un benemérito servidor público i apoyó siempre con entusiasmo toda obra de progreso.

La ciudad de Talca le debió en esta época la construccion de un molino i la conclusion de varios edificios importantes: el liceo, la iglesia matriz, el seminario conciliar i el mercado.

El liceo reconocia por su fundador al obispo Cienfuegos.

Entre los años de 1830 i 40, don Cayetano abrió los primeros canales en el departamento de Talca, i de este modo trasformó vastas llanuras en fértiles campos de siembra.

Estos trabajos de utilidad reconocida dieron a Astaburuaga considerable prestijio en una de las principales provincias del pais.

Partidario resuelto de la política de don Manuel Montt, don Cayetano recibió el nombramiento de intendente de Talca con fecha 31 de julio de 1852.

Sus principales esfuerzos se dirijieron entónces a facilitar

la navegacion del rio Maule, la cual empezaba a tener gran importancia económica.

Este era un proyecto antiguo de Astaburuaga, quien habia concebido el atrevido plan de aumentar las aguas del rio nombrado con las de los rios vecinos, a fin de profundizar su cauce i hacer desaparecer la barra que entorpecia su comunicacion con el mar.

Una lei de la República, dictada en 1847, habia ordenado la ejecucion de este proyecto, comisionando para ello al mismo don Cayetano.

Astaburuaga habia asociado a estos trabajos a su hijo mayor, don Felipe, el cual llevaba título de agrimensor desde el año de 1839.

Fácil es comprender que si tal obra hubiera podido llevarse a efecto, habria sido de incalculable provecho para toda la provincia, i especialmente para el puerto de Constitucion.

Esta última ciudad habia sido fundada en 1794 con el nombre de *Nueva Bilbao* por el presidente don Ambrosio O'Higgins, a solicitud de varios comerciantes vizcainos, i, entre ellos, el padre de don Cayetano Astaburuaga (1).

Hacer progresar aquel puerto, equivalia para don Cayetano casi a cumplir un deber filial.

Desgraciadamente, estudios posteriores manifestaron que su plan era impracticable.

Don Cayetano falleció en 1874, de setenta i ocho años de edad, con el sentimiento de que aun no se hubieran ejecutado los trabajos hidráulicos necesarios para que Constitucion tuviera fácil entrada por el Maule.

II

Al decir de sus contemporáneos don Francisco Solano Astaburuaga fué un niño sumamente vivo i alegre.

Capitaneaba a los muchachos de su edad i de ordinario

(1) Astaburuaga, *Diccionario Jeográfico*.

pasaba dias enteros jugando a los batallones en la Alameda de Talca.

Estas eran sus distracciones inocentes.

A menudo estimulaba a sus compañeros a fin de que subieran a la torre de San Agustín i tocaran las campanas.

Estas fueron sus faltas mas graves.

Despues de cada una de ellas él se apresuraba, o bien a llegar temprano a su casa, o bien a mandar protectores que intercedieran en su favor; i así escapaba casi siempre del castigo.

Su carácter travieso se daba a conocer en toda ocasion propicia.

Desde mui temprano manifestó extraordinaria habilidad para el dibujo; i frecuentemente sus amigos de la infancia le sorprendian haciendo la caricatura de alguno de ellos.

Por lo demas, hasta sus últimos años conservó una letra mui clara i mui bien formada.

Don Francisco Solano habia aprendido a leer i a escribir en una escuela particular.

Su primer maestro de humanidades fué don José Miguel Munita, juez de letras de Talca, quien a solicitud de algunos padres de familia abrió en su casa un curso de aquellas asignaturas por los años de 1831.

Probablemente el señor Munita quiso imitar el ejemplo de don Andres Bello. Como es mui sabido, este ilustre gramático empezó a hacer clases privadas en su casa de Santiago en la misma época.

Astaburuaga recibió tambien en Talca algunas lecciones sobre ideolojia, las cuales le fueron dadas por don Vicente Varas, hermano menor del filósofo don José Miguel i del estadista don Antonio Varas.

El obispo don José Ignacio Cienfuegos, tio abuelo, como se ha visto, de don Francisco Solano, estimuló sus aficiones al estudio permitiéndole leer algunas de las mejores obras de su libreria.

Por este medio Astaburuaga adquirió conocimientos que no eran comunes en los jóvenes de su tiempo.

Antes de trasladarse a Santiago habia leido al historiador Josefo i al naturalista Buffon.

Oportunidad es esta de referir una anecdota que toca al mismo asunto i no carece de interes.

En la libreria del obispo habia llamado la atencion de don Francisco Solano la historia de Torrente sobre la revolucion americana, i deseoso de conocerla habia sacado un dia la obra del estante en que se hallaba, cuando el obispo, que alcanzó a notarlo, la quitó con prontitud de sus manos, advirtiéndole «que aun no era tiempo de que leyera este libro.» «Espera, le agregó, que seas capaz de sobreponerte a las preocupaciones.»

¡Acto exajerado de prudencia, pero mui esplicable, sin embargo, en un personaje que habia presenciado la lucha sangrienta entre chilenos i españoles!

Sin duda alguna, la lectura de Torrente no habria convertido al jóven Astaburuaga de patriota en realista. Cuando mas, le habria inspirado sentimientos de imparcialidad para juzgar sucesos que ya eran definitivos.

A pesar de los progresos hechos por don Francisco Solano, su ciudad natal no era por cierto el centro mas adecuado en que él pudiera recibir la instruccion necesaria. Asi lo comprendió su padre, i, como a su hermano don Felipe, le envió a educarse a Santiago.

Feliz resolucion fué esta de parte de don Cayetano Astaburuaga. Cualesquiera que sean los sacrificios que ella le impuso, con exceso fueron compensados por el buen éxito que alcanzó su hijo.

El jóven talquino fué matriculado como alumno interno en el colejio del presbitero don Juan de Dios Romo, el cual funcionaba en una casa particular, al frente del que es hoi Teatro de la Municipalidad.

Este colejio era uno de los mejores que se habian fundado en Santiago despues de la clausura del *Liceo de Chile*, dirigido por el célebre Mora, i despues que voluntariamente habia cerrado sus puertas el *Colejio de Santiago*, cuyo primer rector fué don Andres Bello.

El establecimiento del presbítero Romo tuvo la honra de contar entre sus profesores a don José Victorino Lastarria, quien, a su vez, consiguió en él un empleo, i lo arraigó de este modo en la capital, para otro jóven, nacido en Talca como Astaburuaga, i que debía luchar durante toda su vida por las ideas liberales: don Juan Nepomuceno Espejo (1).

En este centro de cultura intelectual nació entre el profesor Lastarria i el alumno Astaburuaga una estrecha amistad que debía durar por el espacio de medio siglo.

Don Francisco Solano no se hallaba completamente aislado en Santiago, pues en esta ciudad vivía un pariente de su familia, que gozaba de cuantiosos bienes de fortuna, don Francisco Vergara Sepúlveda, en cuya casa era recibido el jóven estudiante en los días de asueto.

La casa del señor Vergara estaba situada en la Alameda, i formaba parte de una chacra, donde mas tarde se abrió la calle de Vergara.

En medio de aquella vida patriarcal que brindaba entonces la capital de Chile a todos los que se acojían en su recinto, don Francisco Solano podía considerarse, pues, como uno de sus huéspedes mas favorecidos.

(1) La familia Gutierrez de Espejo habia tenido considerable lustre en el período colonial. Don Pedro desempeñó el cargo de correjidor de Santiago en 1701 i en 1718: i su hija doña Francisca Javiera, mujer del comisario jeneral don José de Perochena, ocupó alta situacion en la sociedad. Esta señora habitaba en una casa que su marido i ella poseían en la esquina formada por la Plaza Mayor i la calle de la Merced, hoi Portal MacClure. El correjidor Gutierrez de Espejo vivía en la misma calle de la Merced, en el sitio donde se levanta el Portal Alcalde.

Desgraciadamente la única rama de esta familia que conservó el apellido cayó en relativa pobreza, i uno de sus miembros fué a establecerse en provincia.

A pesar de que era mui jóven, don Juan Nepomuceno Espejo sentó plaza de militar cuando el gobierno de Prieto ordenó reclutamientos en todo el país a fin de enviar refuerzos al ejército que bajo el mando de don Manuel Bálnes combatía en el Perú contra el protector Santa Cruz. La noticia del triunfo de Yungai hizo innecesario este socorro i don Juan Nepomuceno quedó en Santiago solo i obligado a ganarse por sí mismo la vida.

El colejio le proporcionaba instruccion i amistades valiosas; i el hogar de un pariente rico, amante solicitud para atenderlo en sus dias de descanso.

III

Como estudiante del colejio de Romo, Astaburuaga rindió exámenes válidos para obtener grados universitarios en el Instituto Nacional.

Así lo comprueba el documento que sigue, firmado por un nombre ilustre.

“Manuel Montt, rector del Instituto Nacional. Certifico que don Francisco Solano Astaburuaga ha dado en este establecimiento exámen de latinidad i metafísica, i en ambos fué unánimemente aprobado. A petición del interesado, i para los fines que le convenga, doi el presente, en Santiago, a 4 de mayo de 1838.—*Manuel Montt*”.

Al año siguiente, don Francisco Solano aparece matriculado como alumno del mismo Instituto en la cátedra de lejislacion que empezó entónces a dirijir don José Victorino Lastarria.

A las lecciones del distinguido maestro asistian sesenta i tres jóvenes, i entre ellos algunos que estaban destinados a figurar con brillo en los anales de la República.

Astaburuaga tenia por compañeros de clase a don Jovino Novoa, a don Alejandro Reyes, a don Zoilo Villalon, a don Silvestre Ochagavia.

Es necesario confesar, sin embargo, que ni el entusiasmo con que enseñaba el profesor Lastarria, ni el brillante ejemplo de aquellos condiscípulos estimularon a don Francisco Solano a concluir sus estudios legales; i en este país, donde la carrera del foro lleva con facilidad a la cumbre, él no consiguió ser abogado.

En cambio, se sentia irresistiblemente arrastrado al cultivo de las letras, i su jeneroso corazon de veinte años empezaba a rendir tributo en el altar de las Musas.

Un amigo de Astaburuaga en aquellos tiempos, i que como

él pertenece a la historia literaria de Chile, porque con sus hermosos versos i sus obras en prosa ha contribuido a nuestro progreso intelectual, va a referirnos, con la tranquilidad de conciencia que dan los setenta años, cómo empezaron a escribir los jóvenes de su época.

Las páginas que van a leerse sirven para completar las noticias que suministra Lastarria en sus *Recuerdos Literarios*.

Señor don Domingo Amunátegui.

Valparaíso, julio 18 de 1893.

Estimado señor: me pide Ud. datos, por su favorecida del 15 de enero, sobre los primeros trabajos de don Francisco Solano Astaburuaga i sobre el movimiento literario iniciado en los primeros años del gobierno Búlnes, en el que estuvo afiliado el señor Astaburuaga. Con mucho gusto voi a tratar de despertar mis recuerdos sobre una época que contiene la primavera de mi vida i en la cual marchaba en compañía de una pléyade de amigos, todos los cuales han desaparecido ya dejando huella luminosa en nuestro horizonte.

Al tratar de ese movimiento literario, debo hacer previamente notar su causa eficiente.

La tenaz persecucion emprendida por el partido conservador triunfante en la revolucion de 1829, contra los sostenedores i parciales del gobierno liberal de entónces, persecucion que llegó al paroxismo despues del motin de Quillota i la trájica muerte del ministro Portales (1837), produjo dos trascendentales consecuencias. La primera fué el haberse creado en el seno mismo del nuevo gobierno una escision, tendente a hacer cesar toda persecucion i establecer la paz i la concordia en la familia chilena. La segunda consecuencia fué la de crear en las jeneraciones nuevas un espíritu de protesta i animadversion, a la vez, contra los perseguidores i contra los reaccionarios. De este espíritu surgió el movimiento literario cuyos recuerdos evoco.

En efecto, cuatro años ántes que se instalase la famosa

Sociedad Literaria que inició ese movimiento, ya en 1838 i 1839 nos reuníamos varios amigos de 18 a 20 años en la chaera de mi padre, tajamar arriba, hoi ocupada por un Asilo de Huérfanos, i fundábamos un periódico político-literario, que se repartía manuscrito en la ciudad. Uno de los colaboradores mas ardientes de esta hoja política era don Francisco Solano Astaburuaga, jóven entónces de 19 a 20 años de edad. Este periódico se editaba manuscrito, porque en él se atacaban con vigor la arbitrariedad i las persecuciones implacables del gobierno.

Miéntas tanto, la escision operada en el seno de este gobierno habia tenido completo éxito. Los antiguos *philopolitas*, que habian iniciado esta reaccion, eran los hombres mas ilustrados i prestigiosos de la administracion Prieto, i se habian unido en miras políticas con don Manuel Montt, sucesor de Portales; i, de comun acuerdo, habian elegido como candidato a la presidencia de 1841 al jeneral Búlnes, vencedor del Perú en 1839. A fin de contrarrestar la candidatura de don Joaquin Tocornal, jefe de los ultra-conservadores, ellos se aliaron con los gloriosos restos del partido liberal caido, entre los cuales existian jefes de la independencía tan notables como Las Heras, Lastra, Zenteno, Calderon, Viel, Gana, etc. Para sellar la reconciliacion de un modo solemne entre los dos partidos se celebró, como un pacto de familia entre ellos, el matrimonio de la señorita Enriqueta Pinto, hija del último presidente del gobierno liberal caido, el jeneral don Francisco Antonio Pinto, con el candidato a la presidencia, jeneral don Manuel Búlnes.

Derrotado en las urnas el candidato de los ultra-conservadores, i elegido de presidente de la República el jeneral don Manuel Búlnes, una nueva éra de libertad lució para el pais. Como natural efecto de esta atmósfera política, la juventud que abrigaba en el alma francos anhelos de libertad se reunió, para el cultivo de las letras, en una especie de academia llamada «Sociedad Literaria», presidida por el adelantado jóven don José Victorino Lastarria, que habia sido llamado, como tantos otros probados liberales, a servir el

empleo de oficial mayor en el ministerio del interior, en el nuevo gobierno. Parece que la juventud mas distinguida de la capital se hubiese dado cita a ese centro de estudio. Moralidad, desinterés, rectitud i pasión por las letras, las ciencias i las artes, distinguian a esa juventud.

Pronto el empeño por adquirir conocimientos útiles i el espíritu liberal que la animaba, la pusieron en actitud de establecer un periódico literario. Todos los dias domingos, los mas adelantados jóvenes de esa sociedad, i con ellos don José Victorino Lastarria, iban a solazarse en la chácara del tajamar arriba. En uno de esos domingos se echaron las bases del nuevo periódico, bautizándole con el nombre de *El Crepúsculo*, que espresaba la idea de una aurora opaca literaria naciente. En *El Crepúsculo* colaboraron no solamente los miembros de la «Sociedad Literaria» sino hombres tan eminentes como don Andres Bello. Aquí advertiremos que el señor Bello, amigo entusiasta de la juventud estudiosa, reunia en su casa a los miembros mas distinguidos de la «Sociedad Literaria», i allí pasaban las noches en familia, discutiendo sobre los últimos adelantos de la ciencia, o improvisando *charadas*, que aguzaban el ingenio i hacian amena la sociedad, o leyendo, en fin, poesias de Byron, Lamartine i Víctor Hugo, poetas en boga en esa época.

A medida que crecia en años i en conocimientos, esa juventud afianzaba su credo liberal i fijaba el sistema mas apropiado para desarrollarlo. Según ella, no era tanto la reforma política como la reforma social lo que Chile i la América española necesitaban. Siendo estos países pedazos de la sociabilidad del tiempo de Carlos V i Felipe II, trasportados a estas rejiones, el espíritu místico de la Edad Media estaba latente en ellos. Era, pues, preciso cambiar ese espíritu por medio de la ilustración i por la inmigración de razas mas adelantadas; era preciso, en una palabra, sustituir, en estos países, a la sociabilidad española del siglo XVI la sociabilidad *yankee* del siglo XIX. Estas ideas, que eran el tema constante de las discusiones entre los miembros mas avanzados de la «Sociedad Literaria,» fueron un dia neta-

mente formuladas con todo vigor i colorido por un alma in-jenua, franca i convencida, en un artículo titulado «*Sociabilidad chilena*», publicado en el *Crepúsculo*. Este artículo, que conmovió profundamente todas las conciencias i todas las autoridades, eclesiásticas, jurídicas i universitarias, no atacaba los dogmas de la Iglesia Católica.—Si conmovía así a la sociedad era porque manifestaba con ruda franqueza «que el clero ejercía un dominio absoluto sobre las familias i que esta influencia de todos los instantes atrofiaba a la sociedad impidiendo su desarrollo i su progreso». De estos antecedentes deducía que era necesario poner límites a ese dominio, cambiando el espíritu de la sociabilidad chilena.

Francisco Bilbao, que, al formular estas ideas en su artículo «*Sociabilidad chilena*,» no había hecho mas que expresar i dar forma a las ideas mismas de los miembros avanzados de la «*Sociedad Literaria*», fué sostenido resueltamente por éstos en su formidable conflicto ante el jurado de imprenta, donde el fiscal de gobierno lo hizo comparecer acusado del delito de *blasfemia*. El *pasado* i el *porvenir* estaban allí en lucha abierta. El escenario se hallaba compartido entre el Jurado, representante del *pasado*, que funcionaba dentro de la sala judicial, i el pueblo i la juventud, representantes del *porvenir*, que aguardaban afuera para aclamar al reformador i para salvarlo.

Como se esperaba, el *Jury* condenó a Francisco Bilbao a cierto tiempo de prision, conmutable en mil pesos de multa. Era de ver el entusiasmo del pueblo i de la juventud, fuera del recinto, esforzándose por librar a Bilbao. En pocos momentos se reunió la suma i se rescató al condenado, llevándolo el pueblo en brazos hasta su morada.

Más tarde, por resolución de la Corte Suprema *se quemó* en la plaza pública por la mano del verdugo el artículo que contenía *la blasfemia*; i, por último, la Universidad arrojó de sus claustros al blasfemo, obligando a Bilbao a espatriarse a Europa para buscar la luz que le negaba su patria.

Mientras tanto, los miembros de la «*Sociedad Literaria*» cerraron *El Crepúsculo*, pero continuaron, con mas cautela, la

propaganda de las ideas del blasfemo, con el fin de estrechar en sus justos límites el dominio que ejercía el clero en la sociedad. Pues bien, la simiente de las ideas ha fructificado con creces. En ménos de medio siglo, esa obra de limitacion necesaria al progreso del pais ha dado pasos jigantescos, gracias a la accion del tiempo i a los prestigiosos ausiliares salidos del seno de las nuevas jeneraciones. Su padre mismo, el justo Miguel Luis, contribuyó eficazmente a esta obra, con sus elocuentes discursos en el Congreso de 1884, limitando esa influencia absoluta del clero i evitando su intervencion exclusiva en el matrimonio i en todos los actos de la vida civil.

He ahí el carácter social del movimiento iniciado por la «Sociedad Literaria», de la cual nuestro malogrado amigo Astaburuaga fué uno de los fundadores. La accion de esa Sociedad en las letras fué no ménos fecunda e innovadora.

Preparados, para la alta concepcion del ideal, en el trato íntimo con el señor don Andres Bello, hombre de vasta ciencia i espíritu universal, i aleccionados tambien por la influencia saludable que ejercian en la juventud las tendencias científicas de los literatos argentinos Alberdi, Barros Pasos, Juan Carlos Gomez, Mitre, Tejedor, Juan Maria Gutierrez, Peña, Sarmiento i Lopez, etc., los miembros de la «Sociedad Literaria» huyeron del sistema, entónces en boga, de la mera *filología*, de que tenian tan seductores modelos en los señores Olañeta, Garcia del Rio i Antonio José de Irisarri, i se dedicaron a impulsar de todos modos el estudio de las ciencias sociales i de las ciencias exactas. La accion de la «Sociedad Literaria» en este sentido no fué estéril; pues, aceptada esta tendencia por los hombres de gobierno, se les vió crear cursos nuevos en el sentido de las ciencias sociales. En consecuencia, se dieron a concurso las clases de *historia de la Edad Media*, de *historia Moderna*, de *economía política*, de *derecho internacional*, etc. En el sentido de las ciencias exactas, vimos, por la primera vez, levantarse los *torreones* para la observacion sideral, i establecer, primero en el Cerro Santa Lucia, i despues en la Quinta Normal, una doble estacion

astronómica i meteorológica dotada convenientemente. Vimos tambien, i en el mismo sentido, echarse las bases del gran Museo, que guarda las pruebas de la mui larga edad de la tierra i de la mui corta edad de la humanidad, pruebas escritas, con caractéres plásticos, en los objetos jeológicos i antropológicos del Museo Nacional.

Aquí me detengo, contentándome con haber señalado, a grandes rasgos, los caractéres culminantes de ese movimiento, el primero en su jénero, i el mas fecundo en sus consecuencias. Por lo demas, en cuanto a sus hechos i detalles, ellos estan consignados de mano maestra en un libro interesante, escrito con amor por el inspirador i jefe de ese movimiento, el señor don José Victorino Lastarria.

En cuanto al señor don Francisco S. Astaburuaga, puedo asegurar a Ud., en resúmen, que, habiendo sido uno de los fundadores mas entusiastas de la «Sociedad Literaria», colaboró con gran intelijencia, en prosa i verso, en todas las revistas que, en diferentes épocas i bajo distintos nombres, fundara esa Sociedad, i cooperó eficazmente a los nobles propósitos e ideales de ese movimiento.

Esperando que la presente satisfaga el objeto que Ud. tiene en vista, me ofrezco de Ud. atento i seguro servidor i amigo.

JACINTO CHACON.

P.D. A propósito de la cuestion Bilbao, yo escribí una serie de artículos en *El Mercurio*, continuados despues en *El Comercio* de Valparaiso, bajo el seudónimo de *El Observador Imparcial*, en la fecha misma del acontecimiento. Como Ud. es amigo de las antigüedades, le apunto este hecho por lo que pueda interesarle.—Vale.

A quien escribe una carta familiar no puede exijirse una narracion completa i prolija de los sucesos; i así no debe parecer estraño que la carta del señor Chacon necesite algunas aclaraciones.

Cuando don José Victorino Lastarria, verbigracia, empezó a organizar la «Sociedad Literaria» aun no habia recibido su

nombramiento de oficial mayor en el ministerio del interior, empleo que solo obtuvo en el mes de julio de 1843.

Tampoco es exacto, como parece deducirse de la carta ántes trascrita, que la «Sociedad Literaria» dió orijen al periódico *El Crepúsculo*, siendo así, como es mui sabido, que ella tuvo por órgano a *El Semanario de Santiago*.

El Crepúsculo no se publicó sino despues que *El Semanario* hubo desaparecido.

Por último, al tratar de la influencia intelectual ejercida sobre los jóvenes chilenos de la «Sociedad Literaria» por los escritores argentinos refugiados en Chile; el señor Chacon no hace distincion entre Sarmiento i Lopez, por ejemplo, residentes en nuestro país en 1842, i Alberdi, Mitre, Gutierrez, los cuales llegaron mucho mas tarde.

Estas rectificaciones o esplicaciones no amenguan en lo mas mínimo la importancia del documento, que, por lo demas, reviste un carácter privado.

Debe tenerse presente que los hechos referidos por el señor Chacon se habian verificado hacia cincuenta años, i no era raro que las fechas hubieran perdido su precision i los personajes su nitidez al traves de una atmósfera de medio siglo.

IV

Segun los datos que suministra el señor Chacon, Astaburuaga fué uno de los mas activos colaboradores de un periódico manuscrito que fundaron por los años de 1838 i 39 un grupo de amigos de 18 a 20 años.

Este periódico, que no alcanzó la honra de ser publicado en letras de molde, se ha perdido. Por lo ménos, no se encontraba en 1893 entre los papeles del señor Chacon, ni entre los que cuidadosamente habia conservado don Francisco Solano.

Felizmente este último, con el cariño que un padre siente por sus hijos, sacó una esmerada copia de las mejores pro-

ducciones poéticas de su juventud i las salvó así de la muerte i del olvido.

Los versos mas antiguos se hallan en un pequeño cuaderno adornado de viñetas dibujadas con pluma.

En él se leen estas once composiciones:

La primavera. Traducción de Horacio.

¡Ai, triste navecilla! Traducción del mismo autor.

La profecía del Nereo de Horacio.

La luna.

Los árboles. 3 de agosto de 1839.

La amistad. 14 de octubre de 1838.

La inconstancia de . . . 3 de noviembre de 1839.

La sabiduría. Oda de Richardson. 7 de mayo de 1839.

La batalla de Yungai. 28 de marzo de 1839.

Las ciencias. 23 de enero de 1840.

A un amigo. 11 de agosto de 1840.

Esta lista, aunque descarnada, de las primeras poesías de Astaburuaga revela, sin embargo, que en su lira no faltaba ninguna de las principales cuerdas que vibran en un alma sana i juvenil.

El estudio de sus traducciones de Horacio manifiesta además que sentía verdadero entusiasmo por los autores clásicos, a pesar de la deficiente enseñanza del latín que en aquella época daban nuestros colejos.

La composición a *La primavera* traduce las seis primeras estrofas de la oda 4.^a, libro 1.^o, del gran poeta latino, *A Sertio*.

Para que se juzgue con imparcialidad sobre el número del joven poeta chileno se transcriben en seguida su traducción i la del vate español don Francisco Javier de Burgos.

Léanse en primer lugar los versos de Astaburuaga.

Vase el nevado invierno
cuando risueña vuelve primavera,
i cuando el aura suave
convida alegre a carenar la nave.

El establo al ganado
no gusta ya, ni al labrador el fuego;
ni la campiña grata
reluce entónces con helada plata.

La diosa Citerea,
cuando Diana las sombras va ahuyentando,
con airosas mudanzás
alegre aviva las festivas danzas.

Las bellisimas Gracias,
unidas con las Ninfas en el prado,
bailan alborozadas,
miéntras el Etna arroja llamaradas.

Ya deben ceñir todos,
o con el sacro mirto la alba frente,
o con la nácar rosa,
tan apreciada de la Flora diosa.

Es ya tiempo que a Fauno
en el umbrio bosque sacrifiquen,
ora sea el cordero,
o ya el cabrito en el trepar lijero.

Burgos concentra en cinco estrofas las seis que se han leído.

Ya al rudo invierno lanzan
blando Favonio i dulce primavera,
i máquinas al agua
las naves botan en la playa secas.

Ni el fuego a los gañanes
ni a los ganados el establo alegre,
ni con la cana escarcha
blanquea entapizada la pradera.

Ya al asomar la luna
coros de Ninfas guia Citerea,
i las sencillas Gracias
con ellas en festivo baile alternan,

Miénttras Vulcano atiza
solicito las fraguas ciclopeas.
De flores, pues, que libres
del rigor del invierno dan las vegas,

O de arrayan podemos
orlar la perfumada cabellera,
i en bosque umbroso a Fauno
sacrificar cabritos o corderos.

El final de la oda, que Astaburuaga omite, ha sido traducido por Burgos de este modo.

El pié pálida muerte
lo mismo en chozas que en palacios sienta;
i largas esperanzas
lo corto de la vida formar veda.

Abrumarante en breve,
Sextio feliz, los Manes, noche eterna,
i la cárcel de Pluto:
no tú rei de festin seras en ella;

Ni de Licida tierno
admiraras la gracia i la belleza,
que ahora inflama donceles,
i que despues inflamará doncellas.

Mucha osadia seria comparar al maestro Burgos con el principiante Astaburuaga; pero nadie negará tampoco que algunos de los versos i espresiones de nuestro compatriota son realmente felices; i vierten talvez mejor el pensamiento de Horacio que los conceptos espresados en la poesia española.

En jeneral, sin embargo, la composicion de Astaburuaga adolece de prosaismo.

Por la que ya conoce, puede el lector coleccionar la altura a que alcanzan las otras traducciones horacianas del poeta chileno. Son ensayos merecedores de aplauso por la edad del autor, pero sin valor positivo.

En esta primera cosecha de flores poéticas Astaburuaga parece inspirarse bajo la influencia poderosa de don Andres Bello.

En vano don José Victorino Lastarria, en sus *Recuerdos Literarios*, trata de disminuir esa influencia, porque resalta, no solo en las producciones de los que fueron discípulos de Bello, como Sanfuentes, sino tambien de los que se limitaron, como Astaburuaga, a estudiar por sí solos las obras del notable escritor caraqueño.

En su oda a *Las Ciencias*, don Francisco Solano ha tratado de seguir como modelo la *Alocucion a la Poesia* de don Andres; i en su oda a *Los Árboles* debe reconocerse un ensayo manifesto de imitacion a *La Agricultura de la Zona Tórrida*.

Pruebas de ello nos proporcionan las siguientes estrofas de la oda a *Los Árboles*, en que el autor describe i canta la *araucaria* i el *canelo*.

I tú, el mas bello del chileno suelo,
que la piramidal i alta cabeza
alzas festivo al cielo;
que orgulloso presencias
del araucano la feroz braveza;
i entre suaves esencias
que exhalan de su seno
las nacaradas rosas i jazmines
¡qué alta i grandiosa dignidad ostentas
presidiendo de Flora los jardines!

I allá tambien alzándose el canelo,
con feraz lozania,
sus verdes ramos tiende por el suelo,

de que tejen coronas a sus frentes
las indias bellas; con sagaz maestria;
i en su ruda corteza
del divino Esculapio las virtudes
ofrece placentero;
i en su ramaje, natural belleza.
El libre pueblo que habitó primero
de mi alma patria los amenos bosques,
allá en su relijion supersticiosa,
sumiso veneraba;
i, cual la oliva de la sabia diosa,
por símbolo de paz lo respetaba.

Para estos versos de inspiracion vacilante Astaburuaga no ha necesitado pedir la induljencia del público, porque nunca los destinó a la prensa.

Fuera de las citadas, llaman la atencion otras dos composiciones de la primera época de nuestro jóven poeta.

Una de ellas, *La Sabiduria*, oda traducida del poeta ingles Richardson, suscita un interesante problema literario.

La primera parte de esta oda i algunas de sus estrofas posteriores hacen recordar la *Oracion por todos* de Víctor Hugo.

Así empieza la traduccion de Astaburuaga:

He aquí la hora silenciosa i dulce
en que el ave nocturna i solitaria
cruza de las tinieblas la espesura
con apacible vuelo;

El triste asilo de la antigua torre
dejando, en do esperaba pensativa,
del sol oculta a los brillantes rayos,
la noche misteriosa.

¡Con qué gusto i placer oigó el susurro
que el céfiro suave i lento forma
i con suspiros trémulos repiten
los ecos de la noche!

¡Oh! favorita de la sabia diosa,
al triste acento de tu voz soi dócil,
i ante las aras del santuario augusto
del saber me prosterno!

El escenario descrito por Richardson ofrece, como se ve, notables puntos de semejanza con el que hace meditar al gran poeta frances, sin que falten en una i otra poesia ni la hora de las tinieblas ni el viejo torreón.

Las estrofas que a continuacion se transcriben se hallan inspiradas en la misma gama de sentimientos que los deslumbradores versos de Hugo.

Continúa Astaburuaga:

De una alma virtuosa la sonrisa
por las riquezas dame; i por imperio
te pido a la razon que poderosa
mis pasiones domine.

Mientras que la fortuna incauta pierde
sus brillantes adornos, i las rosas
del impuro placer caen marchitas
i en su sepulcro mueren,

De un hermoso esplendor siempre adornada
con belleza inmortal tú sobrevivies,
i se mantienen con verdura eterna
tus laureles sagrados.

Si me protejes tú, del necio vulgo
la risa mofadora i sus calumnias,
i de la envidia los rabiosos celos,
despreciaré sereno.

Después de leer la oda de Richardson cabe esta pregunta. ¿Tenía conocimiento de ella Víctor Hugo cuando escribió su bellísima *Oración*?

La última pieza a que dió cabida don Francisco Solano entre sus versos juveniles tenía carácter político e iba dirigida contra los procedimientos tiránicos del gobierno.

La composición se hallaba dedicada *A un amigo*, que lo era don Jacinto Chacón, i llevaba por fecha la de 11 de agosto de 1840.

Aunque los versos solo tienen de tales la medida i el ritmo, despiertan, sin embargo, interés, pues dan idea del espíritu que animaba a la juventud liberal de aquella época.

Astaburuaga exclamaba así:

¿Dónde los padres de la patria se hallan,
los padres de la patria que nos dieron,
de la Iberia rompiendo las cadenas,
muestras de acciones, de heroísmo llenas?

Todo desapareció: ya no nos quedan
sino recuerdos de la edad gloriosa
en que la patria la libertad gozaba
i de civismo i esplendor se ornaba.

La prosa de estos versos no era vil.

En ellos se atacaba al gobierno, que podía castigar, i se defendía al pueblo, que gozaba de escasas libertades.

V

Por estos años la escuela romántica francesa había ganado numerosos i distinguidos prosélitos entre nosotros; i los principales autores dramáticos de los teatros de París eran leídos, traducidos e imitados con entusiasmo.

Don Andrés Bello tradujo en 1839 *Teresa* de Alejandro Dumas; don José Victorino Lastarria adaptó en 1840 a la escena chilena *El Proscrito* de Federico Soulié; i en 1841 don

Santiago Urzúa tradujo *Pablo Jones* o *El Marino Misterioso* del mismo Dumas (1).

Entre los imitadores de esta escuela, sobresalió el joven Carlos Bello con su drama orijinal *Los Amores del Poeta*; pero, además del hijo primojénito de don Andres, pueden citarse una docena de noveles escritores que se ensayaron en la composición de piezas románticas.

Don Francisco Solano Astaburuaga contribuyó por su parte al nacimiento del teatro nacional con una tragedia, terminada en 12 de junio de 1840, i con una comedia, compuesta dos años mas tarde.

Estos frutos prematuros, debidos al entusiasmo de la juventud, fueron condenados por su autor a permanecer inéditos.

La tragedia, escrita en versos endecasílabos, llevaba este título: *Leocato o la muerte de Pedro Valdivia*.

El asunto de esta obra habia sido tomado de los siguientes versos de *La Araucana*:

..... i maltratado
trajeron a Valdivia ante el Senado.

Caupolican, gozoso en verle vivo
i en el estado i término presente,
con voz de vencedor i jesto altivo
le amenaza i pregunta juntamente.
Valdivia, como mísero cautivo,
responde i pide humilde i obediente
que no le dé la muerte, i que le jura
dejar libre la tierra en paz segura.

Cuentan que estuvo de tomar, movido
del contrito Valdivia, aquel consejo;
mas un pariente suyo empedernido,
a quien él respetaba por ser viejo,

(1) Miguel Luis Amunátegui, *Las primeras representaciones dramáticas en Chile*. Páginas 293 i 294.

le dice: «Por dar crédito a un rendido
¿quieres perder tal tiempo i aparejo?»
i apuntando a Valdivia en el cerebro
descarga un gran baston de duro enebro.

.....

Así el determinado viejo cano,
que a Valdivia escuchaba con mal ceño,
ayudándose de una i otra mano,
en alto levantó el ferrado leño:
no hizo el crudo viejo golpe en vano,
que a Valdivia entregó al eterno sueño,
i en el suelo con súbita caída,
estremeciendo el cuerpo, dió la vida.

Llamábase este bárbaro Leocato

.....

La lectura atenta del trozo anterior manifiesta que el argumento de la tragedia habia sido mal elegido.

La muerte de un hombre, aunque fuera un héroe i un fundador de nacion, no daba tema sino para algunas escenas, por mas que se agregaran incidentes i episodios al hecho principal.

Astaburuaga, sin embargo, escribió cinco actos sobre la muerte de Valdivia, acerca de la cual, como se sabe, la historia no da ninguna luz.

La accion no podia ménos de ser lánguida, i sin interes.

Don Francisco Solano cuidó de reemplazar en su obra a Caupolican por Lautaro, restableciendo así la verdad desfigurada por Ercilla.

El vencedor en la batalla de Tucapel fué sin duda el antiguo caballerizo de Valdivia.

Al lado de Lautaro se presenta en la tragedia de Astaburuaga la simpática figura de Guacolda, querida del jefe indijena, segun lo aseguran el poeta Ercilla i el cronista Mariño de Lobera.

Este último escritor refiere que Guacolda era una india que se habia criado desde muchacha en casa de Pedro de Villagra, i de la cual se habia apoderado Lautaro en una de sus correrias.

Astaburuaga supone que tanto Lautaro como su amada hacen increíbles esfuerzos por salvar la vida del conquistador de Chile.

Valdivia solo aparece en escena por cortos momentos. Profundamente agradecido a la jenerosidad del jefe vencedor, i creyendo segura su libertad, se despide de Arauco en estrofas elocuentes i sentidas.

En esta tragedia, que llena todos los requisitos del molde clásico, o sean, tiempo, lugar i accion, Valdivia cae, como en el poema de Ercilla, bajo los golpes de macana de Leocato, padre de Guacolda.

A mas de los personajes nombrados, figuran dos secundarios: Godínez, quien por amor a Guacolda ha desertado del ejército español i estimula el odio de Leocato contra Pedro de Valdivia; i el indio Yancura, amigo de Lautaro, i partidario como él de la libertad del jefe vencido.

En la persona de Godínez Astaburuaga ha falseado por completo la verdad histórica, de un modo tanto mas chocante cuanto que la biografía de este soldado español es perfectamente conocida.

Juan Godínez no traicionó jamas a sus compatriotas, i ocupó alta situacion en el cabildo de Santiago, en el cual ejerció varias veces el cargo de alcalde ordinario (1).

En cambio, el carácter de Leocato se halla mui bien presentado en esta tragedia. Dominado por las pasiones sanguinarias propias de un indio, merece haber dado su nombre a la obra.

De todos modos, sin embargo, esta tentativa dramática del jóven poeta era un fracaso.

A las dificultades propias del jénero, Astaburuaga habia

(1) Medina ha publicado una reseña biográfica de Godínez en el tomo XVII de *Historiadores de Chile*, pájinas X i XI.

agregado la casi insuperable de dar palabra i vida a los indios araucanos, cuya atrasada cultura no se presta a la acción teatral.

En su defensa, es verdad, nuestro compatriota habria podido citar el ilustre ejemplo de Lope de Vega i de Ruiz de Alarcon, los cuales en el siglo XVII habian presentado tambien en las tablas, ante un público mui entendido en literatura dramática, a los indijenas de Chile; pero, en homenaje a la justicia, conviene tener presente que esas obras no son de las mejores que compusieron aquellos peregrinos ingenios.

En este caso, Astaburuaga se vió arrastrado por los sentimientos que entónces dominaban en nuestra sociedad.

Los escritores de la época de la independenciam i los que sucedieron a éstos habian tomado a porfia el empeño de ensalzar el heroísmo desplegado por los araucanos contra los españoles de la conquista.

Puede asegurarse que identificaban la causa de la patria contra el despotismo de los reyes con la causa de los indios contra la crueldad de sus encomenderos.

No era raro, pues, que trataran de glorificar a los guerreros de Arauco, en todos los tonos i en todos los metros, en prosa i en verso.

Así procedieron Camilo Henriquez, don Juan Egaña, don Bernardo de Vera i Pintado; i así continuaron haciéndolo los jóvenes de las nuevas jeneraciones: los hijos de don Andres Bello, don Hermójenes Irisarri, don Salvador Sanfuentes.

Al escribir su tragedia *Leocato*, Astaburuaga se habia equivocado en mui buena compañía.

VI

Don Francisco Solano escribió un segundo ensayo para el teatro en 1842.

Este fué una comedia en verso i en tres actos, titulada *Lucia*.

Astaburuaga trató de presentar en ella un cuadro de costumbres contemporáneas.

La accion pasaba en Santiago i en la alta sociedad.

Al levantarse el telon se hallaba concertado el matrimonio de don Antonio de Acuña, jóven serio i honorable, con Lucia, la heroina de la pieza.

Esta union habia sido preparada por la madre de la novia, doña Rosa Saravia, cuyas condiciones morales dejaban mucho que desear.

Doña Rosa era loca por las fiestas, por el teatro, por las alhajas, por todo lo que brilla i seduce a una mujer que vive segun la moda del dia.

El carácter de esta señora es el mejor retratado en la comedia, i da orijen, al final de la pieza, como se verá mas adelante, a una situacion realmente jocosa.

El jóven Acuña estaba dominado de ardorosa pasion por la que iba a ser su mujer; pero ella sentia haberse comprometido, pues amaba con delirio a un seductor Lovelace, que respondia al nombre de Julio.

La escena capital de la comedia es una cita, o celada, en que Julio persuade a Lucia a huir de la casa materna, prometiéndola que se casará con ella.

La oportuna aparicion de la nodriza de la pobre niña desbarata todo el plan.

El desenlace se verifica en casa del tio de Julio, don Pedro Rui-Tellez, vejete ridiculo, con humos aristocráticos, el cual sueña con el restablecimiento del réjimen español.

Don Pedro se imaginaba que su sobrino era un dechado de perfecciones; i queda absorto cuando oye de los labios de Antonio, el novio burlado, que Julio ha pretendido robar a Lucia, i, mas aun, cuando le confirman en esta relacion doña Rosa i su hija, quienes van a rogarle, en medio de lágrimas i lamentos, que consienta en el matrimonio de su sobrino con la que habia estado a punto de caer en sus redes. De advertir es que Julio debía casarse en breve, apoyado por Rui-Tellez, con una prima suya.

La ruindad del mozo se descubre por completo con el hallazgo que hace don Pedro de una carta, en que su sobrino tiene la imprudencia de referir a un amigo sus proyectos de seducción.

El vejete, indignado i caballeroso, ofrece a Lucia, en un arranque de jenerosidad, su nombre i su fortuna.

La jóven comprende la nobleza de este acto, pero, al mismo tiempo, el aspecto ridículo del matrimonio propuesto i guarda silencio.

Doña Rosa, su madre, en cambio, cegada por la opulencia de Rui-Tellez, ruega en el acto a su hija que consienta en el enlace.

Este rasgo revela la vis cómica del autor, i hace olvidar la gravedad de la escena.

Don Antonio, que lo ha oído todo ocultamente, se presenta de improviso, i reclama de Lucia el cumplimiento de su palabra.

El verdadero amor habia triunfado en su espíritu; así como a menudo el sol del mediodia ahuyenta las nubes que oscurecen el cielo.

Por desgracia, la conclusion imaginada en la comedia de Astaburuaga era completamente inverosímil.

Un jóven de buena sociedad, por mas enamorado que se le suponga, no contrae matrimonio con la mujer que ha sido su novia, i, en visperas de casarse, ha intentado huir en brazos de otro galan.

La accion de la pieza, por lo demas, sufria de languidez, a pesar sus variados incidentes, que colocan propiamente esta comedia entre las de intriga.

El estudio sicolójico de los caractéres era pobre, i los versos, sin inspiracion alguna.

Este nuevo ensayo dramático de Astaburuaga merece, sin embargo, induljencia, como el primero, no solo por los pocos años del autor, sino tambien porque el teatro chileno empezaba entónces a vivir.

VII

Mas o ménos, en esta misma época, don José Victorino Lastarria concibió la feliz idea de fundar una sociedad literaria, i don Francisco Solano se contó entre los colaboradores mas activos del benemérito profesor.

“Espejo, Francisco Bilbao, Javier Renjifo, Lindsay, Astaburuaga, Juan Bello, Valdes, afirma con intima satisfaccion Lastarria en sus *Recuerdos Literarios*, nos ayudaron a promover entre los jóvenes de los últimos cursos de lejislacion la formacion de una sociedad literaria, con el objeto de escribir i traducir, de estudiar i conferenciar, para preparar la publicacion de un periódico literario, que fuese, al mismo tiempo, un centro de actividad intelectual i un medio de difusion de las ideas.”

A pesar de su entusiasmo, el nombre de don Francisco Solano no aparece, sin embargo, en *El Semanario de Santiago*, que en 1842 fundó la sociedad establecida por Lastarria.

Astaburuaga publicó por primera vez sus poesias en *El Progreso*, diario fundado, como se sabe, por el arjentino Sarmiento.

Hé aquí los títulos i las fechas de esas composiciones:

A un amigo en su pesar. Anjel Prieto Cruz.—18 de febrero de 1843.

Las dos palmás. A mi amigo Francisco de Paula Matta.—3 de marzo de 1843.

El Minero.—5 de abril del mismo año.

En la revista *El Crepúsculo*, que puede considerarse como la continuacion de *El Semanario*, no solo por sus tendencias políticas i literarias, sino tambien por sus colaboradores, Astaburuaga dió a luz dos composiciones en verso i dos artículos de prosa.

En estos últimos narraba una corta biografia del abate Molina i ponía de manifiesto la importancia del Instituto de Talca.

Las poesias se intitulan así: *La Flor del Carmelo*.—1.º de

julio de 1843.—*A la memoria de don Miguel Barazarte.*—1.º de enero de 1844.

Astaburuaga hacia preceder los versos consagrados al señor Barazarte de esta cariñosa nota: "Nació en la ciudad de Talca, murió el 2 de diciembre de 1843, jóven aun; era buen amigo, ciudadano virtuoso, i entusiasta por su pueblo."

En *La Flor del Carmelo*, bajo el disfraz de rendir homenaje a la Virjen, don Francisco Solano cantaba las virtudes i hermosura de una de las damas mas celebradas en la sociedad de Santiago, la señorita Carmela Blanco Gana, hija de don Manuel Blanco Encalada.

La mejor prueba de ello son las estrofas que van a leerse. Astaburuaga se dirige a la reina del cielo:

Inocentes doncellas, de fe pura,
llevan tu nombre, adórnanse con él,
cual con el talisman de la hermosura,
cual con fascinador, rico joyel.

.....
Una de esas doncellas, pura, hermosa,
como las flores bellas conocí,
de un corazon i un alma candorosa,
que se gozaba en la virtud i en ti.

I fuiste tú quien a sus ojos diera
ese dulce mirar i encantador,
esa modestia, la espresion sincera
de un alma bella, i celestial candor.

La sonrisa en sus labios le pusiste
con que la aurora suele sonreir
despues de noche tormentosa i triste,
i luz al mundo viene a difundir.

Así en mi corazón derramó vida,
 pura felicidad, puro placer;
 así de gozo celestial henchida
 el alma luz sin fin creyó tener.

... Era mi pensamiento, era mi sueño,
 mecido en cuna de oro i de zafir,
 que cubriera de aromas i beleño
 las tristes realidades del vivir.

Su imájen siempre en la memoria mia
 se alzará como un ángel tutelar;
 por siempre vivirá en mi fantasía;
 siempre en mi corazón tendrá un altar.

.....
 Feliz quien dueño de esa bella sea,
 que es una perla i raro su valor;
 feliz el hombre, sí, que la posea,
 que merece de un ángel el amor.

Porque era el fiel remedo acá en el suelo
 de ti, madre santísima de Dios,
 segunda flor tomada del Carmelo,
digna de un otro Dios, si hubiera dos.

Los inquisidores españoles habrían condenado sin duda a la hoguera al escritor que se hubiera atrevido a estampar el verso anterior.

La crítica literaria es mas benévola, i, a pesar de la enorme exajeración que encierran las palabras subrayadas, puede llegar hasta aplaudir este delirio del poeta.

VIII

En 1842, don Francisco Solano inició su carrera administrativa con el empleo de oficial de partes del ministerio del

interior, con que le favoreció por decreto de 17 de febrero el ministro interino don Ramon Renjifo.

Al año siguiente, con fecha 18 de agosto, Astaburuaga fué nombrado por don Ramon Luis Irarrázaval oficial tercero del mismo ministerio.

En 4 de marzo de 1844, el gobierno le designó para que acompañara, con el carácter de oficial, a don Manuel Camilo Vial, ajente diplomático enviado al Perú, con el fin de que celebrara un arreglo sobre la custodia i futuro destino del ex-dictador Santa Cruz, prisionero entónces en la fragata *Chile*.

En unos apuntes escritos de puño i letra de Astaburuaga se indican algunas fechas relativas a esta mision que pueden ser interesantes para la historia diplomática de Sud-América.

«Salimos, escribe, para Valparaiso, i llegamos allí al dia siguiente, 10 de marzo, al mismo tiempo que entraban al puerto la fragata *Chile* i la goleta *Janequeo*, que traian a su bordo al dicho jeneral (Santa Cruz).

«Nos dimos a la vela en la goleta dicha el 3 de abril i fondeamos en Arica el 12 de id. Fuimos a Tacna el 22 o 23 i volvimos a Arica despues de 8 o 10 dias. El 9 de mayo nos dimos a la vela en la misma *Janequeo* (comandante, don Buenaventura Martinez) i fondeamos en el Callao el 15 de mayo. Nos establecimos en Lima, hotel de Mauri, i allí quedé yo todo el tiempo, miéntras el señor Vial por enfermo pasó a residir a casa de la señora doña Rosa O'Higgins.

«Salimos de Lima el 6 o el 7 de mayo de 1845 en el vapor de la carrera, o linea inglesa, i fondeamos en Valparaiso el 17 de id. Volví en Santiago a mi puesto en el ministerio del interior.»

Durante su residencia en Lima la lira de don Francisco Solano no permaneció muda.

Las hermosas jóvenes de la capital del Perú inspiraron a menudo a su amante corazon.

El jóven diplomático chileno fué recibido con cariño en todas las casas en que era presentado; i todo álbum de aquella época conserva, por lo ménos, una estrofa de su pluma.

A su regreso a Chile, Astaburuaga dió a la prensa las siguientes composiciones escritas en el Perú.

A la señorita G. A. (En un álbum). Lima, 25 de agosto de 1844. Publicada en Santiago en *El Tiempo*, noviembre de 1845.

Al Rimac (En un album). Lima, 28 de agosto de 1844. Publicada en *El Entreacto*, julio de 1845.

A una Margarita. Lima, 14 de setiembre de 1844. Publicada en *El Tiempo*, a 30 de octubre de 1845.

A... (Imitacion de Saint-Beuve). Lima, 10 de febrero de 1845. Publicada en *El Entreacto*, junio de 1845.

¡Adios! Lima, 4 de mayo de 1845. Publicada en el número 87 de *El Tiempo*.

En este coro de cantos alegres se oyó, sin embargo, una aguda nota de dolor.

A los pocos meses de llegar a Lima, don Francisco Solano perdió a un amigo de muerte trájica; i este triste suceso fué llorado por él en sentidos versos, que se publicaron en *El Comercio* de aquella ciudad, número 1,572 con este titulo *A la memoria del malogrado jóven don Antonio Alvarez, oficial de la legacion neo-granadina en el Perú*, suicidado en la noche del 31 de agosto de 1844.

Para que el lector juzgue de los progresos alcanzados en esta época por Astaburuaga, transcribese en seguida la imitacion de Saint-Beuve.

A....

¡Que el alborozo i paz reine en tu alma!
¡Que tus lábios sonrian de placer!
i en tus azules ojos dulce calma
i uncion se pueda ver!

Para ti de las flores el aroma,
los ensueños tambien de un serafin,
i el gozo i expansion, bella paloma,
de un alegre festin.

Un horizonte para ti vistoso
con las tintas del iris brillador,
i un porvenir de dicha i de reposo,
i un celestial amor.

Para ti las sonrisas i las glorias;
para ti los perfumes del Eden;
en tu corazon dulces memorias,
guirnaldas en tu sien.

Para ti siempre divinal ternura,
i el encanto feliz de la ilusion;
para mí el desengaño i la amargura
de una loca ambicion.

La vida para mí desierta i triste,
sin armonía, ni color, ni luz;
i para ti un jardín donde se viste
todo de juventud.

Para mí las borrascas, de bonanza
sin que divise un rayo precursor,
i punce mi alma, ajena de esperanza,
la espina del dolor.

Para mí la vijilia i los jemidos,
i el amargo pesar i duro afán,
los secretos tormentos doloridos
que las pasiones dan.

Para mí las deshechas tempestades
que ajitan con furor el corazon,
viendo en todo desnudas realidades
i un fúnebre crespon.

Pero, al ménos, tu anjélica mirada
venga a endulzar de mi alma el padecer,
i siempre mire en ella retratada
la imájen del placer.

Que un alma que se adora i se contempla,
pura como las flores i feliz,
el mas crudo pesar mitiga i templa
del amaute infeliz.

Sueña en la vida, pues, gloria i ventura,
mecida en alas de inocente amor . . .
Amor! para ti sola su ternura;
para mí su rigor.

Aunque a la fecha en que componia estos versos Astaburuaga aun no cumplia la *funestá edad de amargos desengaños*, su corazon habia sido ya herido con las espinas de algunas rosas, i de esas lastimaduras manaba sangre.

A lo ménos, así lo aseguraba en varias de sus composiciones poéticas.

IX

En esta ocasion don Francisco Solano no alcanzó a permanecer un año entero en su patria, pues obtuvo que el gobierno le nombrara nuevamente de empleado en una legacion.

Astaburuaga tenia entusiasmo por los viajes i anhelaba conocer el progreso de otros paises mas adelantados que el nuestro.

El jóven escritor dejó, sin embargo, una huella luminosa durante su corta residencia en Santiago.

Así como en Lima habia llorado la pérdida de un amigo, la capital de Chile le recibió con el ataud de uno de sus mas brillantes compañeros, de la misma edad que él.

Don Francisco Bello, hijo segundo de don Andres, habia

nacido en Lóndres a 13 de octubre de 1817, i murió en Santiago el 13 de junio de 1845.

Astaburuaga solo habia llegado el 17 de mayo a Valparaiso; pero esto no impidió que al siguiente dia de la muerte de aquel distinguido hijo del sabio maestro publicara en *El Entreacto* la elejia que sigue:

AL MALOGRADO JÓVEN DON FRANCISCO BELLO

La mort a des rigueurs,
à nulle autre pareilles!

(MALHERBE)

¡Murió! Tal se desvanece
la ilusion mas bella, hermosa,
i de la purpurea rosa
el mas envidiado olor.
¡Murió! i el májico ensueño
con sus encantos se aleja,
i en el alma solo deja
un recuerdo de dolor.

Era una estrella hartó rara
que apareció en el oriente,
estrella resplandeciente
de esperanza i porvenir.
Prometia en su carrera
brillar como astro de gloria,
i una pájina en la historia
señalar en su cenit.

Mas ¡ai! al nacer se apaga:
su horizonte apénas sube,
i eterna i aciaga nube
vela su radiante luz.

Marchitóse la flor pura
que de un jardín fuera adorno;
ya no queda de ella en torno
ni aroma, ni juventud.

Que de sus galas tan soño
inútil despojo existe,
i la realidad bien triste
de una pérdida fatal.
I es pérdida irreparable
para la que no hai consuelo,
si no fuera que del cielo
la resignacion le da.

Vivo el dolor es por cierto
de esa esperanza perdida,
linda estrella oscurecida
en la aurora del vivir.
Vivos tambien los recuerdos
seran de su triste historia
La amistad en su memoria,
¡que no los deje morir!

El verso subrayado en la penúltima estrofa hace alusion a la novia de don Francisco Bello, la cual guardó fielmente el recuerdo del que debia haber sido su marido, i no consintió nunca en casarse, a pesar de que era jóven i hermosa, i, por lo tanto, mui cortejada.

Ademas de la composicion que se ha leído, Astaburuaga dedicó otra a la señorita A. Lindsay, que escribió él mismo en el álbum de esta jóven con fecha 4 de noviembre.

Durante las fiestas de setiembre de este año se inauguró en Santiago una caja de caridad, i tres oradores fueron designados para que pronunciaran sendos discursos en la ceremonia.

Don Silvestre Ochagavia hizo el elojio de don Manuel de Salas; don Juan Bello, el del presbítero don José Francisco

Ruiz de Balmaceda; i don Francisco Solano, el del arzobispo don Manuel Vicuña

Sin duda, no habrian podido elejirse tres flántropos chilenos de virtud mas reconocida que Salas, Balmaceda i Vicuña; i no se habrian encontrado en la juventud estudiosa de aquellos tiempos tres individuos mas dignos que Ochagavia, Bello i Astaburuaga.

X

Con fecha 9 de diciembre de 1845 don Francisco Solano fué nombrado oficial de la legacion que, a cargo de don Manuel Carvallo Gomez, como enviado ostraordinario i ministro plenipotenciario, mandó al gobierno a los Estados Unidos a fin de que arreglara el asunto de la reclamacion interpuesta por el apresamiento del *Macedonio*, llevado a cabo en la época de la espedicion libertadora del Perú.

Una verdadera colonia de jóvenes chilenos se embarcaron con los empleados de la legacion, con destino a Washington, en la barca norte-americana *Hortensia*, i zarparon de Valparaiso a 5 de abril de 1846.

El ministro Carvallo iba acompañado de su mujer, la señora Maria Causten, i de sus tres hijos, Elisa, Washington i Carlos.

El personal de la legacion se componia de tres personas: el ministro; un oficial, que era Astaburuaga; i un adicto, don Daniel Frost.

Ademas tomaron pasaje en aquella barca don Nicolas Vergara Rencoret, quien viajaba por motivos de salud, i don Zenon Freire, don Agustin, don Federico i don Manuel Maria Aldunate, enviados por sus familias a educarse en Estados Unidos.

La bondad característica de don Francisco Solano se reveló en los sentimientos que ajitaron su espíritu al abandonar las playas chilenas.

Léase la página que sigue de su diario de viaje:

“Mui tristes son siempre los pensamientos que dominan en el alma en los momentos de emprender una larga separacion de la patria. Un largo ¡adios! dicho a nuestros amigos, a nuestra familia; la última mirada de la persona que mas se aprecia; la suspension a la cadena de los recuerdos i a los incidentes de una vida llena de interes, i a que estan unidas todas nuestras afecciones, derraman siempre sobre el corazon muchas melancolias, i la ansiedad de un pasado que se corta para atarlo a un porvenir que no se conoce. Hai, al lanzarse fuera del seno de la sociedad en que corrieron nuestros dias de confianzas, de amistad i talvez de pesares, algo que intimida, que se mira con recelo (lo desconocido quizas), que nos hace retroceder i perdernos en los recuerdos, meditar i sentir. He aquí de que nace el dolor de la ausencia, lo que arranca los suspiros dirigidos a lo que se deja, al pasado. Estas impresiones a que estan sujetos los que se separan de su pais, o de lo que se ha querido en el corazon, dominaron en nosotros con frecuencia. Un ¡adios! dado a la patria, que encierra tan caras afecciones, deja impresiones que afectan hasta lo íntimo.”

La navegacion fué larga i peligrosa.

En una carta del capitán de la *Hortensia* dirigida a Chile se leia este párrafo, que publicó *El Progreso* de Santiago, con fecha 27 de de agosto:

“Tuvimos malísimo tiempo en el Cabo de Hornos, obligados a estar a la capa repetidas veces, i con el buque continuamente debajo del agua. En todo lo que he viajado jamas he encontrado tal repeticion de mal tiempo. Despues de doblar el Cabo de Hornos he tenido tres borrascas; nos hirió un rayo haciendo pedazos un mastelero i haciéndonos trizas el juanete de proa. El piloto i dos marineros han estado siempre enfermos. En la última borrasca (en el grado 30) una marejada llevó la rueda del timon e hirió gravemente al segundo piloto, i tave en cama por varios dias a los dos pilotos. Hallé que mis pasajeros era jente mui agradable i dispuesta a sufrir con paciencia los contratiempos que nos han sobrevenido.”

Por felicidad, estos tormentos de los buques de vela no son conocidos de los viajeros modernos, gracias al maravilloso buque de vapor.

Una estensa carta de Astaburuaga, publicada en el mismo número de *El Progreso* que la del capitan, i escrita desde Bridgetown, ciudad de la isla inglesa Barbada, en las Pequeñas Antillas, hacia una pintura mui prolija e interesante de la navegacion, i describia especialmente la isla en que los viajeros se hallaban descansando.

La pluma del jóven poeta daba ya a conocer las cualidades de observador que sobresalen en su notable obra del *Diccionario Jeográfico*.

La *Hortensia* llegó a Baltimore a fines del mes de julio, despues de mas de cien dias de viaje.

XI

Durante la navegacion don Francisco Solano escribió las tres primeras partes de una larga i hermosa poesia dedicada a las señoritas chilenas Maria i Pola Matta.

Esta composicion, que el autor bautizó con el titulo de *El ocaso del sol*, no fué terminada sino en Washington, a fines del mes de setiembre de 1846.

Despues de los treinta años, Astaburuaga rindió culto a las musas en mui raras ocasiones.

Solo se conocen cinco trabajos de su lira escritos con posterioridad.

Los tres primeros fueron firmados en la capital de Estados Unidos.

Hélos aquí, por órden de fechas:

En la muerte de la señora Mary Causten de Carvalho

A SU HIJA

Baña, Elisa, tu faz en triste lloro;
de luto vela tu alma, i de amargura,
que de virtud, bondad, i de ternura
la muerte aleve te robó un tesoro.

Llenó en la vida una mision de oro;
sembró en tu corazon la virtud pura;
i, cuando en ella te miró segura,
cual ánjel puro se voló a su coro.

De filial gratitud, tierna i ferviente,
consagra a su memoria un pensamiento,
i de tantas virtudes sigue el vuelo;

Que eso en la esfera de la luz fulgente
aumentará su gloria i su contento,
i a ti, en la tierra, te dará consuelo.

Washington, marzo 21 de 1851.

La azucena del valle

MAYO 13 DE 1851

Azucena del valle,
flor de fragancia,
que de aroma esquisita
pueblas el aura,

¿Por qué un instante apénas
se abre tu cáliz,
i, al rayar de tu aurora,
se cierra i cae?

Sobre gracioso tallo
j gentil te meces
prometiéndome risueña
vida perenne;

Mas luego mustia inclinas
la frente pura,
i alegres esperanzas
de muchos frustras,

Quizas no eres nacida,
flor de pureza,
para exhalar perfumes
acá en la tierra,

Sino para ser gala
de mejor valle,
donde el aura es mas blanda,
la luz mas suave.

¡Acá en la tierra crecen
tantas espinas,
que atormentan i punzan
la virtud misma!

Tu blanco cáliz puro,
de olor fragante,
no es, pues, para esta vida
llena de males.

Mas, viendo marchitarte,
tierna azucena,
¿quién no lamenta, i dice
con triste pena:

Azucena del valle,
de grato aroma,
¿por qué en la tierra tienes
vida tan corta?

No puede negarse que el autor de estos versos tenia alma de poeta.

Ellos serian dignos del mas tierno de nuestros vates, del que mejor ha cantado las gracias de las flores, don Eusebio Lillo.

Astaburuaga, al regresar a su patria, se despidió con entusiasmo de la gran república.

WASHINGTON, CAPITAL DE LOS ESTADOS UNIDOS
DE NORTE AMÉRICA

Washington, ciudad hermosa,
de presidentes morada,
soberana recatada
de una opulenta nacion:

No tu linda perspectiva,
ni tu esbelta i noble planta
tanto mi mente levanta
cual lo hace tu tradicion.

Tú con brillante nombre llevas,
i publicas con tu nombre,
la memoria de un gran hombre
bajo del sol sin igual.

I eres la cifra dorada
de la inscripcion elocuente,
grabada sobre la frente
de su obra monumental.

Parece que de tu suelo
mil inspiraciones brotan,
i por tu atmósfera flotan
celajes de libertad;

Que el jenio de Adams i Jefferson,
de radiante luz serena,
tu vasto recinto llena
de solemne majestad.

En ti ademas vi mecerse,
al soplo de la inocencia,
bañada de rica esencia,
una airosa i bella flor.

Flor que es gala de las flores,
i se ostenta encantadora,
con las tintas de la aurora
i las gracias del amor.

Si a verte otra vez no vuelvo
jamás la llama sagrada
de tu memoria preciada
en mí se podrá estinguir;

Que atesoras, ciudad bella,
al par de altas tradiciones,
mis más caras afecciones
i el sueño de mi existir.

Washington, marzo 25 de 1852

En una de las más hermosas poesías de Victor Hugo, imitada por don Andres Bello, se asegura que

en los zarzales del camino, deja
alguna cosa cada cual

Cuando volvió a Chile en 1852, Astaburuaga no había dejado en país extranjero su honorabilidad intachable; pero sí había visto trascurrir seis años completos de vida en la primera de las naciones americanas, i los recuerdos de esta hermosa época, como canta en sus versos, no debían borrar-se jamás de su espíritu.

Los poetas gozan sobre los demás hombres de una inmensa ventaja, la cual puede, sin embargo, convertirse en un gran inconveniente: viven en casas de cristal, i al través de sus estrofas descubren sus sentimientos más profundos.

Veinte años más tarde, con motivo de una representación de Hamlet, la sublime tragedia de Shakespeare, don Francisco Solano publicó en *El Ferrocarril* de Santiago, a 11 de abril

de 1872, una traducción literal en versos castellanos del conocido monólogo *To be, or not to be*

Por último, en 1873 compuso en honor de don Andres Bello un soneto, que fué dado a luz al año siguiente en el libro titulado *Suscripcion de la Academia de Bellas Letras a la estatua de don Andres Bello*.

El bagaje poético de Astaburuaga, como se ha visto, no era, pues mui valioso; pero en defensa de estas obras de su juventud, ya que en la edad madura no escribió sino mui pocas pájinas en verso, puede alegarse que fué de los primeros jóvenes que en nuestro pais independiente se dedicaron al cultivo de las letras.

(Continuará)

